

## Un nombre en ascenso: Sergio Galindo\*

Rosario Castellanos

La personalidad de Sergio Galindo es cada día más conocida y apreciada, no únicamente dentro de los ámbitos literarios (por sus dos novelas mayores: *La justicia de enero* y *El Bordo*, recién aparecido este último y con la edición popular ya en trance de agotarse), sino también dentro de los más amplios círculos de la cultura.

En efecto, a Sergio se le elogia como a uno de los colaboradores más eficaces y brillantes con que cuenta la Universidad Veracruzana, cuyo departamento de publicaciones dirige. Cualquiera que haya intentado trabajar en provincia recuerda con amargura la escasez de los medios económicos de los que se dispone, la mediocridad del elemento humano, las mezquindades, las intrigas, la última instancia de la política a la que se subordina todo.

Pues bien, Xalapa da la impresión de haber escapado a esta ley. Sus facultades se enorgullecen de uno de los cuerpos docentes más idóneos y activos; no se regatea el dinero cuando se trata de llevar a cabo una obra que valga la pena, y por encima de

los pequeños chismes, de la envidia de los ineptos o de la censura de los poderosos, se manifiesta un criterio serenamente objetivo para ser aplicado a los productos de las ciencias y de las artes.

¿Quién ha sabido crear este clima tan auténticamente académico? Es indudable que el mérito debe atribuirse al talento del doctor Gonzalo Aguirre Beltrán, distinguido antropólogo, autor de una bibliografía muy distinguida y notable en su especialidad.

Dentro del departamento de publicaciones, la labor de Sergio Galindo es polifacética. Ha dado vida, y una continuidad envidiable, a una revista trimestral muy decorosa: *La Palabra y el Hombre*, donde aparecen las firmas más prestigiosas del país y aun del extranjero y donde aspiran a consagrarse autores noveles. En la colección literaria *Ficción* han sido editados, hasta hoy, dieciséis volúmenes en los que no se advierte la huella de un compadrazgo, la intención de un halago que obligue a la reciprocidad o al favor, ni esa blanduzca complacencia para con los principiantes sin posibilidades. El resultado es una solidez compacta y sin resquebrajaduras por donde se filtre la calidad.

\* *Juicios Sumarios*, Universidad Veracruzana, México, 1966.

Las facultades de Derecho y de Filosofía y Letras, tienen también sus órganos de expresión. Allí encontramos a los hombres más representativos dentro de sus respectivas disciplinas. Baste citar a José Gaos o a Eduardo García Máynez, para formarse una idea de la altura y de las exigencias intelectuales de estos libros.

Pues bien, un trabajo tan intenso no ha impedido sino que más bien ha estimulado a Sergio Galindo para que prosiga el cumplimiento de su vocación de prosista. De 1951 hasta estas fechas, ha dado a la imprenta cuatro títulos: el primero, *La máquina vacía*, engloba una serie de cuentos en los que se advierten ciertas cualidades de narrador, ciertas virtudes imaginativas, oscurecidas sin embargo por los titubeos de la forma y la falta de dominio del instrumento lingüístico.

Sobrevinieron largos años de silencio. Viajes, lecturas, la formación interior, en fin. Y de pronto aparece, en 1959, *La justicia de enero*, que suscita la aprobación general. Unos aplauden la originalidad del tema; otros, la habilidad, el ritmo ágil del desarrollo; los demás, la penetración en la psicología de los personajes o el interés de la trama; el acierto para alcanzar el patetismo sin recurrir a la retórica. En suma, la mayoría de los críticos concuerdan en declararla como la novela más sobresaliente del año de su publicación.

Y apenas acaban de extinguirse los ecos de las alabanzas cuando aparece —en el tomo número 59 de la colección “Letras Mexicanas”, del Fondo de Cultura Económica— una nueva novela, cuyo título se lo da el lugar donde transcurre la acción: una finca en las tierras altas de Veracruz: *El Bordo*.

Sergio Galindo no es un escritor de anécdotas más o menos bien urdidas y conectadas o de incidentes en que lo interesante y lo coherente constituyen el único propósito. Al contrario. Es un escritor que, al través de cada una de sus páginas, por medio de los caracteres de sus criaturas, en el entrelazamiento y la resolución de los diversos destinos, trata de comunicarnos su concepción de la vida y del mundo.

En *La justicia de enero* se planteaba, de una manera tan hábil que hasta podía pasar inadvertido, un problema abstracto: el de la ambigüedad de la idea de la justicia, el de la incapacidad de los hombres comunes y corrientes de entrar en contacto con ella o de aplicarla correctamente. Este conocimiento está reservado a unos cuantos que gozan del privilegio (¿o del castigo?) de ser aptos para pesar las acciones humanas y declarar su valor. Tal conocimiento, ni se adquiere, ni se transmite por métodos racionales. Es una revelación mística que alguien (¿Dios?) acuerda a algunos sin tomar en cuenta ni la ejemplaridad de su conducta, ni la lucidez de su inteligencia, ni la importancia de su posición social. Don gratuito. El que lo posee puede traicionarlo, prostituirlo. Y el que no lo posee se desespera inútilmente buscándolo, lo finge con ineptitud, alega en vano sus virtudes, su pasión por el bien. Todo en vano. El que decide tiene designios inescrutables, desde el principio de la creación. Dios prefiere el sacrificio de Abel e incuba el crimen en el corazón de Caín.

En *El Bordo* se expone otro problema: el de la fatalidad o el destino inexorable. Nada puede modificar lo que va a suceder y cada uno de nosotros va tejiendo la malla en la que al final, van a atraparlo. Teje con los hilos de los acontecimientos cotidianos, de las decisiones insignificantes; con las palabras casi sin sentido. De pronto, un día, un día cualquiera, igual al de ayer, al de mañana, que no se anuncia con presagios ni premoniciones, el hilo se aprieta en torno del cuello de alguno que es estrangulado. Los demás lo contemplan con horror, con remordimiento, con lástima, con impotencia, con miedo de ser el próximo.

Noción rigurosa, ineluctable. Pero para hacerla evidente Sergio Galindo no elige personajes de coturno y máscara, ni “catástrofes infinitas”, ni pasiones desmesuradas. Al contrario. Y este contraste es uno de sus recursos más impresionantes. El ambiente es bucólico y lo describe con delectación. “Era una hermosa tarde de agosto, el viento perfumado de manzanos impregnaba la atmósfera de

algo dulce y limpio, una luz dorada anegaba los pastos; el paisaje era de una sencillez incontaminable.”

En este último adjetivo “incontaminable” (que no es azar, capricho ni retórica, sino expresión de la necesidad pura), se descarga toda la emoción de la frase.

La contempladora siente que “vivir es —a ratos— una revelación infinita de plenitud”.

¿Y por qué no? ¿Qué les faltaba a los Coviella, propietarios de “El Bordo” para ser felices? Constituyen una familia en la que dos ancianas, concuñadas, viudas (Joaquina, la estéril, la poseedora del capital; Teresa, la madre, la protegida), son de origen español. Su orgullo de raza no es desorbitado y su ambición de dinero y bienestar está satisfecha. Hay dos hijos, varones: Gabriel, casado con Lorenza Landero, una señorita de la aristocracia xalapeña, a quien la Revolución hizo venir a menos. Recuerda ya su antigua época de esplendor, pero está compensada con la fortuna presente. Ama a su marido, tiene un hijo, pronto nacerá otro.

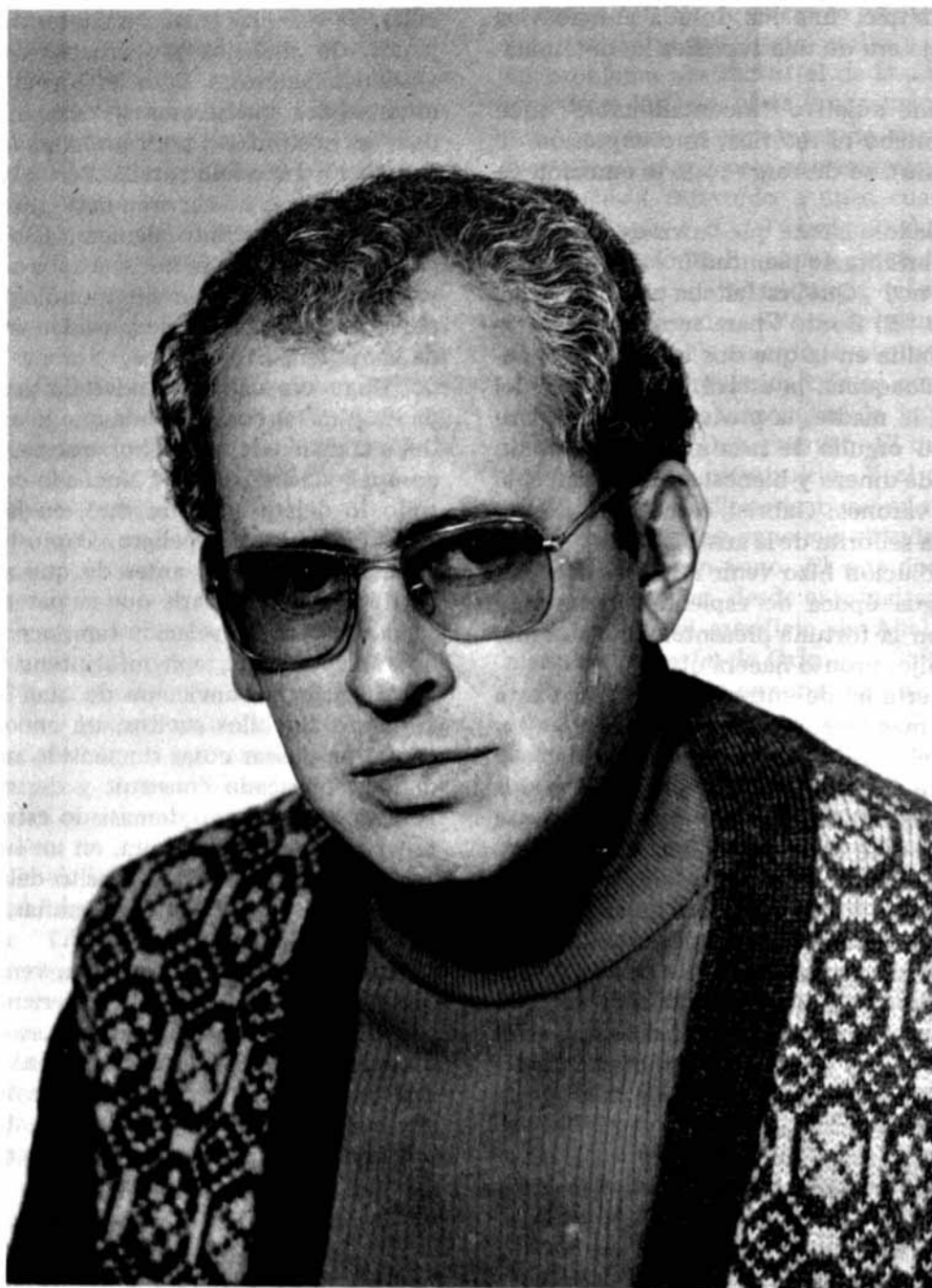
¿Por qué puerta ha de entrar la desgracia a esta casa? Hugo, el más joven, es el que preocupa a todos con sus arrebatos, sus embriagueces de alcohol, de velocidad, de exceso de fuerza y vida. Pero acaba de sentar cabeza con el matrimonio. La esposa es Ester, uno de esos seres desvalidos, cuyo parentesco con la Cecilia de *La justicia de enero* resulta evidente. Si Cecilia tenía una madre que exageraba la protección y el cariño, Ester la tiene desamorada y dura. Ambas buscan un hombre en el cual apoyarse, que les sirva de guía, que las conduzca, que las salve de ese laberinto incomprensible que es el mundo. Ambas eligen varones vulnerables, más débiles que ellas, más precisados de orientación y de consuelo. Ambas se perderán.

La existencia familiar transcurre en “El Bordo” en armonía. Esa armonía hecha de pequeñas ren-

cillas, de choques entre caracteres demasiado semejantes, de silencios rencorosos, de reticencias o alusiones malévolas. Pero las fórmulas permanecen intactas, los quehaceres se cumplen con regularidad, las costumbres podrían haber sido una tregua, de haber habido una batalla. Pero al no presentarse, las costumbres no servirán más que de “breves subterfugios”. De pronto alguien —Ester, la recién llegada, la extranjera aún— “entraba a un mundo rojo, oscuro, en el que sus monólogos hallaban las palabras de lo indecible y evidenciaban la nulidad de la existencia”.

¿Hugo era capaz de advertir también esa nulidad? ¿Era tal convicción la que lo arrastraba al ruido, a la violencia, al alcohol, que cada vez más es su compañero inseparable? Nunca lo confiesa, aunque todo lo delata en su actitud, en la desesperación con que se lanza al peligro. Como todos los que lo aman, perece en él, antes de que su esposa tenga tiempo de comunicarle que su paternidad está próxima. Pero esta revelación tampoco lo habría salvado. Porque en él, con más intensidad que en los otros, latía la convicción de que “la vida era un conjunto de hilos sueltos, un encontrar y perder gente, un desear cosas sin sentido una vez alcanzadas, un obcecado construir y destruir pequeñeces para llenar un vacío demasiado estrecho para contener nada; a última hora, en un supremo análisis ¿qué se persigue? Vivir, musitó débilmente, como si tuviera la boca llena de telarañas, cuyos hilos no deseaba romper con el aliento”.

Novela amarga, desgarradora, veraz. Para los habitantes de “El Bordo” la experiencia se reduce a sus egoísmos, a sus soledades, a su aislamiento sin remedio. Pero, ¿es esto esencial al hombre o producto de una circunstancia? Si constituyera la esencia humana ninguno habría inventado esas otras palabras hermosas, cargadas de significación: solidaridad, compañía, esperanza.



1974.— México, el año que escribe *El hombre de los hongos* y *Este laberinto de hombres*.